

ECUADOR

Debate₁₀₇

Quito/Ecuador/Agosto 2019

Intelectuales: pensamiento y poder



Correísmo y después: dos años y pico de morenismo

Conflictividad socio política: Marzo-Junio 2019

Intelectuales y pensamiento crítico hoy

Intelectuales, organización de la cultura y poder en Brasil: notas críticas acerca de la sociedad civil neoliberal

Los intelectuales en América Latina: las tentaciones de la carrera, el relativismo de valores y las ambivalencias del poder

Crisis de los intelectuales y del intelecto en la era de la intelectualización de la sociedad

Tareas intelectuales en la encrucijada latinoamericana

El porvenir de Europa en la era Negantropócena

Ecología política de la conservación: la Reserva Mache Chindul-Ecuador

Poder metropolitano vs. poder territorial. Conflictos en la parroquia rural andina (siglos XVIII-XIX)

Usos de Foucault en psicoanálisis y marxismo: Discursos de resistencia y prácticas de intervención intelectual en la sociedad

ECUADOR **Debate**

CONSEJO EDITORIAL

José Sánchez-Parga (+), Alberto Acosta, José Laso Ribadeneira, Simón Espinosa, Diego Cornejo Menacho, Manuel Chiriboga (+), Fredy Rivera Vélez, Marco Romero.

Director: Francisco Rhon Dávila. Director Ejecutivo del CAAP
Primer Director: José Sánchez Parga. 1982-1991
Editor: Hernán Ibarra Crespo
Asistente General: Margarita Guachamín

REVISTA ESPECIALIZADA EN CIENCIAS SOCIALES

Publicación periódica que aparece tres veces al año. Los artículos y estudios impresos son canalizados a través de la Dirección y de los miembros del Consejo Editorial. Las opiniones, comentarios y análisis expresados en nuestras páginas son de exclusiva responsabilidad de quien los suscribe y no, necesariamente, de ECUADOR DEBATE.

© **ECUADOR DEBATE. CENTRO ANDINO DE ACCION POPULAR**

Se autoriza la reproducción total y parcial de nuestra información, siempre y cuando se cite expresamente como fuente a ECUADOR DEBATE.

SUSCRIPCIONES

Valor anual, tres números:

EXTERIOR: US\$. 51

ECUADOR: US\$. 21

EJEMPLAR SUELTO EXTERIOR: US\$. 17

EJEMPLAR SUELTO ECUADOR: US\$. 7

ECUADOR DEBATE

Apartado Aéreo 17-15-173B, Quito-Ecuador

Tel: 2522763 . Fax: (5932) 2568452

E-mail: caaporg.ec@uio.satnet.net

Redacción: Diego Martín de Utreras 733 y Selva Alegre, Quito.

PORTADA

Gisela Calderón/Magenta

ARMADO E IMPRESIÓN

Edwin Navarrete, Taller de Diseño Gráfico

ISSN: 2528-7761

ISBN número 107: 978-9942-963-49-9

ECUADOR DEBATE 107

Quito-Ecuador • Agosto 2019

ISSN 2528-7761 / ISBN 978-9942-963-49-9

PRESENTACIÓN	3/7
COYUNTURA	
• Correísmo y después: dos años y pico de morenismo <i>Mario Unda</i>	9/22
• Conflictividad socio política: Marzo-Junio 2019	23/28
TEMA CENTRAL	
• Intelectuales y pensamiento crítico hoy <i>Alejandro Moreano</i>	29/50
• Intelectuales, organización de la cultura y poder en Brasil: notas críticas acerca de la sociedad civil neoliberal <i>Giovanni Alves</i>	51/66
• Los intelectuales en América Latina: las tentaciones de la carrera, el relativismo de valores y las ambivalencias del poder H. C. F. Mansilla	67/79
• Crisis de los intelectuales y del intelecto en la era de la intelectualización de la sociedad Jorge Veraza Urtuzuástegui	81/97
• Tareas intelectuales en la encrucijada latinoamericana <i>Diego Tatián</i>	99/114
• El porvenir de Europa en la era Negantropócena <i>Entrevista de Michal Krzykowski a Bernard Stiegler</i>	115/136
DEBATE AGRARIO-RURAL	
• Ecología política de la conservación: la Reserva Mache Chindul-Ecuador <i>Angélica Ordóñez Charpentier</i>	137/147

ANÁLISIS

- Poder metropolitano vs. poder territorial.
Conflictos en la parroquia rural andina (siglos XVIII-XIX)
María José Vilalta 149/165
- Usos de Foucault en psicoanálisis y marxismo:
Discursos de resistencia y prácticas de intervención intelectual
en la sociedad
Oleg Bernaz 167/182

RESEÑAS

- La rebelión de Daquilema (Yaruquíes-Chimborazo, 1871) 183/185
- Potosí, el origen. Genealogía de la minería contemporánea 186/188

COYUNTURA

Correísmo y después dos años y pico de morenismo

Mario Unda

Señalando que los populismos latinoamericanos “son una variante particular del bonapartismo”. El análisis indica como este particular fenómeno proviene, y así ha sido la historia de América Latina desde 1920, como una consecuencia de las crisis liberales, aunque también éste, el populismo, tiene sus límites y crisis “resueltas” como un retorno al liberalismo.

El momento político vivido, durante la presidencia de Correa, provino de un conjunto de conflictos, que también se explican en las disputas hegemónicas del capitalismo a escala planetaria, estos relacionan y oponen al gobierno con las clases dominantes y por otra parte contra las clases subalternas. Así, el correísmo expresó una alianza muy particular en un sector de intelectuales y clase media (un asunto que buscamos tratar en el Tema Central de este número), con sectores del gran capital monopólico y capitales transnacionales aunque entre tanto populismo trató de sostener una relativa autonomía del Estado.

El gobierno del Presidente Moreno, que intenta hacer una ruptura con el populismo correísta le toca cargar con los últimos complicados momentos del correísmo y por otra parte crear el espacio para el retorno de un liberalismo más bien neoliberal, aparece inmerso en una encrucijada, debilidad política reconociendo que está también mediado por la ruptura de otrora partido hegemónico Alianza País. Así, se encuentra en una maraña de conflictos entre los que el manejo económico es central; tanto para definir sus alianzas con los grandes capitales como con los sectores subalternos, de los cuales se ha ido alejando.

Es necesario observar que esto tiene de fondo la secuencia populismo-neoliberalismo en la que está en juego la relación o separación entre democracia política y democracia social, entendida esta última también como, la atención de las condiciones de vida de las mayorías. Se concluye que se está configurando un nuevo campo de fuerzas constituido por tres bloques; el neoliberal, el populismo y el campo subalterno.

Ni traición ni reinstitucionalización: el gobierno de Moreno es la deriva del debilitamiento del correísmo; es el populismo en crisis.

Populismos

Los populismos latinoamericanos son una variante particular de bonapartismo:¹ surgen de momentos de

equilibrios altamente inestables en medio de crisis agudas cuando ninguno de los contendientes principales ha logrado derrotar al adversario y se produce un desgaste mutuo que los debilita a ambos (algo similar a la situación que Gramsci denominó “empate catastrófico”). Las clases dominantes ven aceleradamente deteriorada su hegemonía, al paso que las subalternas,

1. Las referencias que sustentan las ideas aquí expresadas son las que se indican a continuación: el punto de partida es *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, de Carlos Marx; luego, los textos referentes al bonapartismo (o cesarismo) y a la historia de las clases subalternas contenidos en los *Cuadernos de la Cárcel*, de Antonio Gramsci; los artículos de León Trotsky sobre México y otros países de

aunque fuertes para erosionar el dominio, no lo son tanto para construir una fuerza contrahegemónica (por ejemplo, el Ecuador entre 1981 y 2005). Esas situaciones son propicias para el apareamiento de un tercero en discordia que, real o aparentemente, carece de vínculos orgánicos con ellos y se postula como árbitro de los conflictos y como la única reorganización posible de una sociedad polarizada y fatigada.

Pero para hacerse aceptar como el gran árbitro, el populismo requiere hacerse de recursos que le permitan negociar con los grupos económicos dominantes. Los dos principales son, por un lado, un Estado fuerte controlado desde la función Ejecutiva y desde el poder personalizado de un caudillo y, por otro lado, el control político de la mayoría de la nación, devenida en masas incapaces de representarse a sí mismas.

Las condiciones para el control de un Estado fuerte se generan en el debilitamiento de la capacidad hegemónica de las clases dominantes, que quedan por un tiempo incapaces de ejercer el gobierno directamente, y se ven abocadas, de buen o mal talante, a aceptar la tutela advenediza del populismo, oscilando entre la acepta-

ción huraña y las alianzas a través de su participación en los negocios públicos de modo abierto o encubierto.

Las condiciones para el control político de las mayorías pueden haber “estado allí”, pues en el antecedente del surgimiento o afirmación de los populismos se encuentra no solo la crisis de las fórmulas políticas dominantes sino también, y en concordancia, masivas movilizaciones sociales, incluso revoluciones populares, que se han desgastado o desfigurado, o que han sido derrotadas. Si se ha tratado de derrotas suficientemente fuertes, el populismo se encuentra a las masas ya incapaces de autorepresentarse políticamente; pero si ese no es el caso, entonces debe crear esa incapacidad cooptando y corrompiendo o persiguiendo y desarticulando los espacios organizativos y sociales que pudieran crear o sostener la tendencia hacia la autonomía. Y en ambos casos debe hacerlo presentándose como representante o vengador de necesidades y reivindicaciones preteridas o de los desafueros cometidos anteriormente contra las mayorías.

En el Ecuador (y en varios otros países latinoamericanos), la posibilidad de autonomía de las clases subalternas no se restringe a las dinámicas de cada actor particular, sino a los encuentros

América Latina, recogidos en *Escritos Latinoamericanos*; varios textos de René Zavaleta, sobre todo *50 años* y “Formas de operar el Estado en América Latina”; los estudios de Agustín Cueva sobre el velasquismo y el populismo en general, recogidos en varias compilaciones, por ejemplo, en *Ensayos sociológicos y políticos*; y la obra, menos conocida entre nosotros, de Milciades Peña, especialmente su *Historia del pueblo argentino*. También hay referencias a discusiones contemporáneas, entre ellos particularmente a los avances de Massimo Modonesi sobre subalternidad y revolución pasiva (*Subalternidad, Antagonismo, Autonomía* y “Usos del concepto gramsciano de revolución pasiva en América Latina”), a la lectura que hace de Juan Dal Maso de la relación Gramsci-Trotsky (*Hegemonía y lucha de clases*) y a las interesantes interpretaciones desarrolladas por Maristella Svampa (*Debates latinoamericanos*, capítulo 4).

y articulaciones posibles entre ellos, lo que ocurre cuando se agudizan los conflictos y alguno de los actores subalternos se encuentran con una mayor capacidad de organización, movilización y capacidad propositiva: el movimiento estudiantil universitario (la FEUE) en la década de 1960 y parte de la de 1970, el movimiento sindical (el FUT) entre fines de los años 70 y mediados de los 80, y el movimiento indígena (la CONAIE) entre 1992 y 2000. Por eso, el ataque a la tendencia hacia la autonomía se dirige tanto a las posibilidades de encuentro cuanto a los actores particulares.

El corte de las posibilidades de despliegue de la autonomía no se produce únicamente en el ataque a los sectores organizados independientes, sino tratando de atraerse a los sectores subalternos de condiciones organizativas más frágiles o inexistentes. En esto actúa: tanto el discurso de reconocimiento, como el reconocimiento material de las políticas sociales que subsana, en cierta medida, los abandonos a que los regímenes liberales someten a la población carenciada. Pero; aun en este caso, esas mismas políticas sociales son utilizadas para producir discordia al interior de las clases subalternas (el ataque a las organizaciones y a los dirigentes, la expropiación del salario indirecto de los trabajadores formales para financiar mejoras en las condiciones de vida de los trabajadores precarizados, etcétera). Y, por supuesto, la identificación de la masa desprovista de autonomía con el líder o caudillo, identificación en la que actúa como uno de los factores principales justamente esa imposibilidad

de representación propia, que induce a buscar una representación-protección-dominio superior.

Mirado en conjunto, esto significa que los populismos tienen, al mismo tiempo, un costado progresivo y otro regresivo; y eso no tiene que ver ni con tal o cual ideología ni con tal o cual programa o modelo de desarrollo: simplemente, tienden a ser más progresivos mientras más se aproximan a la movilización autónoma subalterna y a sus expresiones, y más regresivos mientras más se alejan de ellas.

Con todo ello, los regímenes populistas pueden cabalgar por sobre los conflictos centrales y secundarios de la sociedad, pretendiendo representar los intereses generales y, alternativamente, los intereses de los sectores más desfavorecidos; así, se encuentran en mejores condiciones para materializar una relativa autonomía del Estado y representar de mejor manera los intereses estratégicos del capital, es decir, los requerimientos para relanzar la acumulación ampliada, aun si para hacerlo deben confrontar con esta o aquella facción de la burguesía, o incluso con toda ella en su conjunto.

Y así como que el populismo juega el rol de restaurador de las condiciones para el despliegue de la acumulación ampliada del capital, juega también –por ello mismo– el rol de normalizador de las relaciones entre las clases, dotándolas de cierta “racionalidad” que aplaque la conflictividad social y, por sobre todo, estableciendo los mecanismos necesarios para tornar nuevamente subalternas a las clases populares –clases que se habían vuelto peligrosamente insumisas al calor

de las sostenidas resistencias al neoliberalismo—.

Esto y así, más o menos, fue el correísmo.

El correísmo y el campo de conflictividad

El populismo extrae su fuerza de los conflictos (igual de los que le dieron origen, que de los que desata), y de su capacidad para arbitrar en ellos como presunto representante de un interés superior.

Un conjunto de conflictos se convirtió en el eje medular de la década correísta. Los conflictos que expresaban la integración de las formaciones sociales dependientes, el Ecuador entre ellas, a las nuevas condiciones de disputas hegemónicas en el capitalismo mundial; los conflictos que relacionaban y oponían al gobierno con las clases dominantes; los conflictos intraestatales; y los conflictos entre el Estado y las clases subalternas.

Los conflictos en torno a la hegemonía global vivieron más de un momento: el mundo unipolar surgido por la desaparición de la Unión Soviética y del mal llamado “socialismo real”, fue prontamente reemplazado por un nuevo juego de fuerzas alentado por el alto crecimiento económico de la China, la recuperación de la presencia política y militar de Rusia, y la emergencia de Brasil, la India y Sudáfrica como potencias intermedias; de allí salió un nuevo bloque de poder, los BRICS. La crisis mundial del capitalismo debilitó el poderío norteamericano y permitió el derrame de la presencia china en las periferias latinoamericana-

nas y africanas. Los nuevos populismos “progresistas” pudieron aprovechar estas nuevas condiciones para ganar un poco de autonomía, aproximándose a China y Rusia. Pero la crisis tocó finalmente a la China, los progresismos latinoamericanos, sobre todo el brasileño, no dieron el suficiente empuje a la posible integración latinoamericana, con Trump los Estados Unidos volvieron a su tradicional política imperial frente a su “patio trasero” y, los propios progresismos entraban en crisis y eran derrotados en contiendas electorales (Argentina, Chile), o en golpes palaciegos (Brasil). La política exterior del correísmo siguió estos desplazamientos: la confrontación inicial con el FMI, con los gobiernos norteamericanos y con el gobierno colombiano se convirtieron, hacia el final, en búsqueda de aproximaciones, en el monitoreo de la economía ecuatoriana por el FMI, en la participación como observador en la Alianza del Pacífico y en la firma del tratado comercial con Europa.

Como bloque de poder, el correísmo expresó una alianza muy particular entre una capa de intelectuales y tecnócratas de clase media con sectores del gran capital monopólico y capitales transnacionales. Pero era una alianza populista, es decir, que intentaba sostener una autonomía relativa del Estado frente a los intereses particulares de las diversas fracciones de la clase dominante. El correísmo generó para los empresarios avances muy importantes en la dotación de condiciones generales para la producción y un ambiente favorable por la inversión de los recursos petroleros en obra pú-

blica. Pero les exigió compartir el excedente con el Estado (impuestos y corrupción), y también con los sectores populares (afiliación a la seguridad social, incrementos salariales – cierto que más significativos al inicio de su gestión que al final–). Las confrontaciones más fuertes las tuvo con la banca, a la que obligó a rebajar el costo del dinero. De cualquier manera, la confrontación inicial dio paso al diálogo (importantes durante los golpes más fuertes de las crisis internacionales y en torno al 30S), a acuerdos (Código de la Producción, Ley de Alianzas público-privadas, etcétera), y a ofertas en principio insospechadas (TLC con Europa, privatizaciones, flexibilización laboral).

La relación fue más conflictiva, en cambio, con las representaciones políticas e ideológicas de las clases dominantes: los partidos de derecha, con los que competía por el manejo del Estado, y los grandes medios de comunicación de alcance nacional, que nunca abandonaron su fidelidad al programa neoliberal.

Los conflictos con las clases subalternas derivaban de la propia naturaleza populista del gobierno: necesitaba crear un espacio vacío de representación popular autónoma. Por eso la criminalización de la protesta social, la persecución y la represión a las luchas...

Los conflictos al interior del Estado se fundieron con los conflictos al interior de Alianza País: en ambos casos se trataba de que el presidente sometiera tanto a su movimiento político como a las diversas funciones e instituciones estatales: lo hizo a través de una su-

cesión de “pequeños golpes de Estado”, verdadero itinerario de la afirmación bonapartista del correísmo. Tuvo un punto inicial con la propia Asamblea Constituyente en 2008 y la subordinación de AP al aparato estatal para asegurar el dominio del caudillo; y terminó definiéndose con la consulta popular de 2011 que le permitió a Correa “meter las manos en la justicia”.

Las transiciones populistas

Lo que define al populismo es una relación política entre las clases sociales y no necesariamente una política determinada ni un programa o una ideología. Los populismos suelen también estar marcados por una fuerte impronta caudillista –que, por cierto, no es exclusiva de ellos–. Por lo demás, viniendo su fuerza de los conflictos y de sus posibilidades de presentarse como árbitro supremo, uno e indiscutible, su devenir depende del modo en que esos conflictos se desarrollen y cómo se muevan las relaciones de fuerzas. De modo que las transiciones populistas no suelen ser fáciles.

El populismo mexicano no se afirmó sino después de la transformación de la revolución en una guerra civil irregular atizada por el asesinato de caudillos rivales; y la confrontación entre Plutarco Elías Calle y Lázaro Cárdenas se saldó con la ruptura política y la creación de un nuevo partido por parte de Cárdenas: el Partido de la Revolución Mexicana; y que luego se formalizó en el caudillismo partidista del PRI. De igual manera, tras la revolución boliviana de 1952, el MNR no soporta unificado más que tres pe-

ríodos presidenciales, para luego estallar detrás de los caudillos rivales: Víctor Paz Estenssoro, Hernán Siles Suazo y Juan Lechín Oquendo. El peronismo se quedó preso del mito Perón y aún no logra procesar su transición. El velasquismo y el bucaramismo no lograron aliento más allá de la vida de sus líderes.

Tampoco iba a ser sencillo en el correísmo.

A primera vista, el conflicto se presentó como el anuncio de un “nuevo estilo” de gobierno ofrecido por el candidato Lenín Moreno; pero al poco tiempo de iniciado el nuevo gobierno se evidenció el choque entre el expresidente y el nuevo presidente. Mientras Moreno procuraba bajar las tensiones generadas por la alta conflictividad propiciada en el período de su antecesor, Correa insistía en que cada paso de su sucesor era “un desaire innecesario” contra su gobierno. El resultado fue que Alianza País tenía el gobierno y encabezaba la oposición; la ruptura se volvió inevitable.

Pero en el trasfondo de esta crisis populista estaba la transformación de las condiciones que le dieron surgimiento. Había cambiado la situación internacional: por un lado, la crisis de los gobiernos “progresistas” y el triunfo de nuevas derechas neoliberales muy apegadas a los intereses de los capitales y del Estado norteamericanos; por otro lado, las modificaciones operadas en la disputa por la hegemonía del capitalismo global, sobre todo en las relaciones entre China y los Estados Unidos, como se mencionaba más arriba. En consecuencia, la capacidad de maniobra para intentos distintos se

vio bruscamente reducida; una situación que marcó ya el final del gobierno de Correa y que reflejaba el fracaso de los intentos de integración latinoamericana.

Y habían mutado también las relaciones de fuerzas: el correísmo ya no era una estrella ascendente en medio del vacío político: su debilitamiento se había hecho evidente en las elecciones locales de 2014, cuando –apenas un año después de que Correa fuera reelegido presidente en primera vuelta con más del 57% de los votos– Alianza País no logró ganar las alcaldías de casi ninguna capital provincial y perdió en las ciudades más pobladas y en los principales centros económicos del país; la credibilidad y la capacidad de atracción de su discurso se reducían ostensiblemente y se recuperaba la capacidad de movilización de las organizaciones sociales independientes, por una parte, y, por otra, de las clases medias, cada vez más atraídas por el mensaje de la derecha. Mientras tanto, las organizaciones sociales, aunque realizaron algunas movilizaciones importantes antes de que inicie el proceso electoral, habían sufrido constantes ataques del gobierno y se encontraban también débiles. Por el contrario, los diez años de correísmo se habían traducido en un fortalecimiento de la burguesía: fortalecimiento económico, por el crecimiento capitalista y la concentración de la riqueza; relativa recuperación política: se afirman desigualmente sus nuevas expresiones políticas (CREO, Concertación, Suma), y el partido Socialcristiano recupera espacios sociales y territoriales, si bien no encuentran aún

posibilidades ciertas de unidad. Estas modificaciones se relacionaban con una clara conservadurización de la consciencia social, muy marcada sobre todo en las clases medias, lo que habla de procesos que seguramente no serán pasajeros.

Así, pues, las condiciones que generaron al correísmo ya no existían para el gobierno de Moreno.

Un gobierno débil

Como consecuencia, el de Moreno es un gobierno débil. Una debilidad que le llegó como la gerencia inevitable de un pecado original y que, luego de un primer momento de repunte, él mismo se encargó de precipitar en un rumbo ya sin retorno.

Las herencias recibidas

Como ya habíamos visto, el gobierno de Moreno cargaba con el peso de la debilidad en la que había entrado el correísmo, complicada por una elección discutida. Más allá de si hubo o no fraude (lo que no llegó a comprobarse), el resultado fue apretado; tuvo, por lo tanto, que buscar mecanismos para posicionarse. Moreno optó por la apertura del diálogo y por el llamado a una consulta popular. El diálogo le permitió rebajar las tensiones en varios frentes: con la prensa, a la que aseguró un ambiente de libertad de expresión; con los militares y policías, a quienes les aseguró que no crearía la nueva guardia presidencial ideada por Correa; con el movimiento indígena, al que prometió tratar los casos de los dirigentes y militantes acusados de terrorismo y sabotaje y asegurarle la per-

manencia en su sede de Quito, que el anterior presidente intentó quitarle.

Estos nuevos aires fueron bien vistos por la población, y la popularidad de Moreno comenzó a crecer. Pero le cayeron muy mal a Correa, que acusó al presidente de causar “innecesarios desaires” y de impulsar una estrategia “desleal y mediocre”. Moreno respondió convocando a una consulta popular, que se realizó en febrero de 2018. Por un lado, la consulta golpeó a Correa, porque aprobó desestructurar el Consejo de Participación Ciudadana, organismo creado por la Constitución de 2008 para nombrar a un conjunto de autoridades que antes nombraba el Congreso (Contraloría, Judicatura, Consejo Nacional Electoral), y que fue utilizado por Correa para poner bajo su control a las distintas funciones estatales; aprobó también impedir la reelección indefinida, lo que limitaba las aspiraciones de Correa por volver a ocupar el sillón presidencial. Por otro lado, mostró que el correísmo aún tenía una cierta fuerza, obteniendo alrededor de 30% en las preguntas de su interés.

En el distanciamiento y ruptura de Alianza País tuvo un papel fundamental la corrupción. Diversas denuncias sobre hechos de corrupción afectaron desde un inicio la continuidad del “correísmo” en el gobierno. Primero fue desplazado el “correísmo duro” (Glas, Hernández, Patiño, Pavón); pero luego cayó en desgracia también el “morenismo” y sus aliados de “centroizquierda”. El vicepresidente Jorge Glas fue enjuiciado y condenado en octubre de 2017; fue reemplazado por María Alejandra Vicuña, proveniente

de uno de los grupos satélites de AP, Alianza Bolivariana Alfarista, quien se vio forzada a renunciar en diciembre de 2018, en medio de un escándalo por supuestos cobros de “diezmos” a sus asesores en la Asamblea. Moreno eligió entonces como su tercer vicepresidente a Otto Sonnenholzner, reforzando así su alianza con los grandes grupos monopólicos.

Al cautiverio te entregaste

Cuando parecía que el gobierno encontraría, gracias a la consulta popular, el espacio político para recobrar una amplia legitimidad, sus propias acciones le pusieron un freno. Según sus palabras, Moreno creyó encontrar la fórmula del equilibrio perfecto, para gobernar con la “centroderecha” y con la “centroizquierda”, al mismo tiempo: a los primeros, es decir, a los grandes grupos empresariales, entregó el manejo de la economía; a los segundos, es decir, al campo “progresista” que venía de Alianza País y de sus antiguos o nuevos aliados, entregó las políticas sociales.

Pero se trata de un equilibrio imposible, igual que el resultado de los diálogos. En los diálogos, Moreno cedía a los intereses empresariales de abrirse espacios en el gobierno para imponer su programa, que seguía siendo el mismo programa neoliberal de las décadas de 1980 y 1990. Tratando de mantener la ficción del equilibrio, las concesiones de Moreno no llegaban a las metas de los grupos monopólicos, que consideraban “insuficientes” las medidas y exigían cada vez más; a continuación, Moreno realiza-

ba nuevas concesiones, que volvían a ser consideradas insuficientes, y así en adelante. Cada nueva concesión acicateaba la voracidad de los empresarios. Un juego de tira y afloja que se decidió finalmente, a inicios de este año, al firmarse la carta de intención con el Fondo Monetario Internacional.

Y mientras más concesiones hacía en materia económica, más debía retroceder en lo político y en lo social. De modo que los representantes de “centroizquierda” de su gabinete terminaron desplazados uno tras otro, proceso que parece haber culminado a mediados de este año, tras los más recientes cambios ministeriales. El tiempo de permanencia de los ministros de “centroizquierda” es muy corto, de manera que queda excluida la posibilidad de desarrollar procesos. Por lo demás, las medidas económicas neoliberales terminan afectando a las políticas sociales, tanto por las limitaciones presupuestarias exigidas por el FMI, cuanto por los efectos de dichas medidas en el deterioro de las condiciones de vida de la población trabajadora; dicho de otra manera, las políticas económicas condicionan y constriñen a las políticas sociales.

Este mundo es un conflicto

El conflicto más visible fue, en un inicio, el que se desató dentro de Alianza País, entre el presidente electo y el expresidente, a lo que ya nos referimos líneas más atrás. Sin embargo, esto no era más que la cara visible; a medida que avanzaba el tiempo y se movían las fuerzas podía verse que detrás de él se encontraba el des-

envolvimiento del campo de conflictividad que dejó el correísmo.

Hoy, el campo de conflictos y las relaciones de fuerzas se han reorganizado en torno a un conjunto de *cuestiones centrales*: la economía, el trabajo, el Estado y la democracia. Y quizás el cambio más importante sea que las contradicciones de clase están abandonando la zona de opacidad en que las mantuvieron el discurso populista y la lógica de la diferencia.

La cuestión del imperialismo y la dependencia, se resuelve con el sometimiento del gobierno de Moreno a los dictados del Fondo Monetario Internacional y en su alineamiento impúdico con las políticas norteamericanas, dejando para el olvido sus iniciales críticas a la política migratoria de Trump. Su afán de agradar al poderoso fue patente con la vergonzosa entrega de Julian Assange a la policía británica y con su cambio de orientación frente a la crisis venezolana. Igual de obsequioso se muestra con el capital transnacional: incremento de la deuda externa, llamados a que vengan a beneficiarse de las anunciadas privatizaciones de las empresas estatales más grandes y rentables, imposición de la minería a gran escala, anuncio de la firma de varios tratados de libre comercio para abrir el mercado interno a productos de las grandes multinacionales. Se reforzará así el papel de la economía ecuatoriana como productora de materias primas y consumidora de productos elaborados provenientes del exterior.

La cuestión económica ha sido el elemento central para sellar la alianza entre el gobierno y los grandes ca-

pitales. Ha seguido los lineamientos establecidos por el Fondo Monetario Internacional y por las cámaras empresariales, empeñados ambos en imponer el recetario neoliberal que, debido a la resistencia popular, no lograron completar en los 25 años transcurridos entre 1981 y 2005. Condonación de multas e intereses por las deudas que los empresarios mantenían con el SRI, con las municipalidades y con el IESS, exenciones de impuestos a nuevas inversiones, reducción del pago de impuesto a la renta de las grandes fortunas y su reemplazo por el incremento de impuestos indirectos. También forman parte del paquete la reducción de la inversión pública y las privatizaciones (justificadas estas últimas en la Ley de Alianzas público-privadas, aprobada en la última parte del gobierno de Correa).

La cuestión del trabajo se convierte siempre en un elemento central cuando de neoliberalismo se trata. Las reformas laborales han sido una permanente exigencia de los gremios empresariales y de su aparataje propagandístico, que siempre resintieron la limitada redistribución de la riqueza social a que les obligó el populismo. Para revertirla, han optado por la sobreexplotación del trabajo: tal es el único objetivo de las contrarreformas que promueven.

La flexibilización de la jornada laboral no afecta aparentemente (y todavía), el límite de 40 horas semanales; sin embargo, la jornada puede distribuirse al antojo de los empleadores, pudiendo llegar hasta 12 horas por día, incluidos los fines de semana. Los trabajadores sufrirán un mayor des-

gaste físico y espiritual y se verá afectado el tiempo que ahora pueden dedicar al descanso y a sus familias; la alharaca de las derechas conservadoras sobre la protección de la familia no incluye, por lo visto, a las familias trabajadoras. Pero, eso sí, los empresarios se ahorrarán el pago de horas extras; se trata, por lo tanto, de una apenas encubierta reducción salarial.

Otra de las propuestas está encaminada a extender el período de prueba de tres a seis meses o, según los más entusiastas, a tres años. Nadie puede creer en serio que un empleador necesite 36 meses para darse cuenta si un trabajador es productivo y le reporta ganancias, pero la extensión del período de prueba permite facilitar los despidos y volverlos más baratos, que es el verdadero objetivo. Por eso, otra reforma habla directamente de limitar las indemnizaciones por despido, independientemente del número de años que una persona lleve laborando en una empresa. Para los trabajadores, el tiempo de empleo pasará a ser un paréntesis entre dos desempleos, lo mismo que ocurría en la época neoliberal con la tercerización y los contratos por horas; recordemos que, en aquellos años y tras sucesivas reformas, las empresas podían tener hasta 3 de cada 4 trabajadores contratados por horas. De igual manera, estos trabajadores, al no tener estabilidad, quedan excluidos del derecho a la sindicalización. En síntesis, se trata de una medida para imponer la inestabilidad, incrementar

el desempleo y debilitar la posibilidad de organización, todo en uno.

Otras medidas son más creativas: por ejemplo, aquella en que el Estado ofrece a los empresarios pagar las remuneraciones de los jóvenes que ingresan a trabajar por primera vez... ¿y esta es la forma en que la empresa privada crea empleo?: ¡trabajadores gratis! Como reflejo de los deseos profundos del capital no está nada mal.

Y todo esto en un momento en que tanto la empresa privada como el Estado han lanzado una enorme oleada de despidos, produciendo en apenas cinco años una caída del “empleo pleno” de 49% a 38% de la población económicamente activa y que, solo en un año, entre marzo de 2018 y marzo de 2019, más de 260.000 personas han perdido su “empleo pleno”.²

La cuestión del Estado se nos presenta, en el discurso oficial, como “re-institucionalización”; pero eso no se compadece con la realidad, porque las instituciones pre-Correa no eran ni tan estables ni tan democráticas, ni tampoco contaban con la legitimidad suficiente. Se deja de lado que la falta de independencia de las funciones estatales y su subordinación a los deseos de los presidentes, la pérdida de capacidad legislativa y fiscalizadora del Parlamento, la utilización de la justicia con fines políticos, la modificación antojadiza de las leyes, incluso las veleidades caudillistas no fueron un invento del correísmo ni son asuntos exclusivos del populismo.

2. “261.767 personas perdieron su empleo adecuado en el último año, según el INEC”. *El Comercio*. (15 abril 2019). Recuperado de: <<https://bit.ly/2UGoYK4>>.

La referencia a la “reinstitutionalización” como “descorreización” peca igualmente del mismo inmediatismo y, además, oculta que “descorreizar” tiene diferente significado para las distintas oposiciones que se construyeron durante el gobierno de la “Revolución Ciudadana”. Para la oposición de derechas se trata de retirar los obstáculos que podrían oponerse al retorno neoliberal. Para la oposición popular se trata de recuperar libertades y derechos conculcados.

Pero, más allá de esto, de fondo, hay por lo menos dos aspectos a considerarse: el primero tiene que ver con la secuencia neoliberalismo-populismo (de la que hablaremos después), es decir, con el papel del Estado en el desarrollo del capitalismo. El segundo, en cambio, se relaciona con la secuencia populismo-socialismo, es decir, con el horizonte estratégico de la transformación social; desde esta perspectiva, la cuestión es si el sujeto del cambio es el Estado o los espacios de organicidad autónoma subalterna, volcándose sobre la política.

Situar *la cuestión de la democracia* no es tan sencillo como pudiera parecer. El discurso liberal de hoy pretende instalar una lectura única y plana: donde la democracia solo puede ser la democracia liberal, o la imagen idealizada que de ella brindan los estudios de los politólogos anglosajones, o –incluso– la versión rebajada que busca excluir a la igualdad de las promesas democráticas; poco importa que los regímenes liberales realmente existentes no se parezcan mucho a sus modelos.

Sin embargo, la limitación más grande de estas visiones es la separación

que realizan, por un lado, entre democracia política y democracia social, es decir, que el ensalzamiento retórico de las libertades políticas oculta los atentados que se realizan contra las condiciones de vida de las mayorías, es decir, el cabal incumplimiento de los derechos económicos, sociales y culturales; y, por otro lado, entre política y economía, momento en el que velan púdicamente un hecho esencial: la contradicción irresoluble entre la pretensión de lograr sistemas y comportamientos democráticos en la organización de la política y la necesidad irrenunciable de mantener el control despótico en la economía.

Este arsenal discursivo les parece suficiente para reclamar el monopolio de la democracia y desterrar de su paraíso igual al socialismo que el populismo.

Por su parte, el populismo produce una reducción simétrica y opuesta. Las limitaciones de la democracia liberal deben ser corregidas, nos dice, resaltando la recuperación de los derechos sociales negados por los liberalismos oligárquicos: salarios dignos, estabilidad laboral, seguridad social, educación, salud, vivienda, acceso a la tierra y a los mercados; y poniendo en práctica mecanismos de democracia participativa. Tocan justamente los límites de una democracia liberal que lleva en sí la marca indeleble de la mentalidad hacendaria y, de la cicatería con las clases trabajadoras que caracteriza a la mentalidad de las clases dominantes. Pero creen que esta reivindicación es suficiente para justificar el atentado a las libertades políticas y a los derechos a la libertad de expresión, a la li-

bre organización, a la movilización y a la resistencia (todo sea dicho: en este campo, tampoco las democracias liberales pasan mucho más allá del reconocimiento formal).

Durante los 25 años de neoliberalismo querrán convencernos de que, el respeto de las formalidades de la democracia, debía compensar suficientemente los violentos ataques a los derechos sociales (y a la parte más social de las libertades políticas). Ahora, tras la crisis del populismo, el nuevo neoliberalismo viene a decir que, para recuperar ciertas formalidades de las libertades políticas, las clases subalternas deben resignar sus derechos económicos y sociales, sobre todo aquellos que tienen que ver con la disputa por el reparto del excedente.

Así, mientras los liberales desconocen que el populismo, sin dejar de ser autoritario, tiene elementos de democratización, los populistas en cambio, pretenden desconocer que derechos y libertades son algo más que “prejuicios burgueses”.

De esta manera, llegamos al entrampamiento generado por las falencias de ambas lecturas de la democracia; solo se podrá salir del atolladero construyendo nuevos sentidos para la democracia: la democracia más allá del liberalismo y del populismo; la democracia como las condiciones que posibiliten el libre despliegue de la lucha por la justicia social; como el reconocimiento intransigente de la legitimidad del derecho de todos a disfrutar de sus derechos: los derechos de los pueblos indígenas, de los campesinos, de las mujeres, de los jóvenes, de los trabajadores, de los niños, de los géneros

diversos; como el diálogo y el aprendizaje mutuo de las luchas de los demás sectores oprimidos y postergados; como la construcción de espacios comunes de lucha contra la opresión del capital y contra toda y cualquier opresión; como erradicación de la violencia ejercida por los fuertes contra los débiles; como recuperación, recreación o reinención de la solidaridad; como democracia en todos los ámbitos de la vida social; como el camino inacabable de la construcción de la autonomía; la democracia, pues, como autogobierno de la sociedad, como el derecho a tomar el destino en las manos propias.

En conclusión, hoy se está configurando *un nuevo campo de fuerzas* constituido por la oposición de tres bloques: el bloque neoliberal en el poder; el populismo; el campo subalterno.

El momento actual está caracterizado por una violenta ofensiva del gobierno, los grandes empresarios, los capitales transnacionales y los organismos de poder global (como el FMI), todos coaligados en contra de las comunidades y de los trabajadores: el extractivismo y el trabajo se han convertido en los ejes fundamentales de la conflictividad. Y todos coaligados, en nombre de su libertad de oprimir y de explotar, en contra de las libertades y los derechos la inmensa mayoría de la población, empeñados en provocar un retroceso de proporciones gigantescas en la democracia y en las condiciones de existencia. Ellos constituyen el bloque en el poder. Hasta ahora han tomado como oponente discursivo “ideal” al correísmo, queriendo encubrir con los desmanes del gobierno

anterior sus violentos atentados contra las condiciones y formas de vida de las clases y sectores subalternos, que son su oponente real.

El segundo bloque es el populismo correísta. Erosionada su hegemonía, desplazado del poder y dado por desaparecido, mantiene todavía un cierto ascendiente sobre importantes sectores sociales, aunque ahora no sea posible establecer la extensión de su influencia. Construye sus oponentes a dos bandas: por un lado, el morenismo, al que acusa de traicionar los principios de la Revolución Ciudadana y de restaurar el neoliberalismo; junto al morenismo ubica al Fondo Monetario Internacional y determinados grupos económicos; mas silencia que el rumbo neoliberal fue iniciado bajo el gobierno de Correa y que los grupos monopólicos fueron los más beneficiados de su gobierno. Por otro lado, a las organizaciones sociales independientes y a sus dirigentes; en este caso, el correísmo fuera del gobierno sigue los mismos pasos que transitó durante su estadía en el poder: finalmente, si quiere renacer debe volver a crearse un espacio vacío de autorepresentación subalterna, y en ese afán, los movimientos que no pudo controlar siguen siendo un obstáculo en esta nueva etapa.

El tercer bloque es el de los subalternos, pero es un bloque por constituirse, y solo podrá hacerlo confrontando las nuevas-viejas políticas neoliberales que implementa el gobierno de Moreno. Tendrá también que enfrentar algunos obstáculos: entre ellos, la conservadurización de la conciencia social y el individualismo que mar-

ca hoy el sentido común predominante, que afectan incluso a determinados segmentos populares, y que puede rasarse en algunas reivindicaciones y prácticas sociales; las dificultades que el autocentramiento de algunas reivindicaciones, colectivos y movimientos opone a la construcción de proyectos de unidad; la separación entre acción política y social; el inmediatez de las acciones políticas. Y solo podrá hacerlo si logra construirse independientemente tanto del bloque neoliberal como del populismo.

Un tenue paréntesis: las elecciones del 24 de marzo

Las pasadas elecciones locales del 24 de marzo mostraron un escenario típico de un momento de transición. En primer lugar, la proliferación de movimientos, partidos y alianzas, producto del estallido del partido hegemónico en el período anterior y de la dispersión de las fuerzas políticas de todos los signos; esto arrastró consigo una similar dispersión del voto, fruto de lo cual, una gran cantidad de alcaldes y prefectos triunfó con un porcentaje muy reducido de votos y con escasa ventaja sobre sus competidores. En segundo lugar, resultados ambiguos para todos: cada cual puede sentirse triunfador y cada quien topó límites importantes. En tercer lugar, se muestran los contornos de tres campos políticos que disputarán en lo posterior la recomposición del sistema de partidos y la captura de espacios de representación: la derecha, cada vez con mayor presencia y fuerza, pero aún dividida; el populismo, que no ha desapareci-

do, que obtuvo algunos réditos significativos, pero cuya votación aparece fragmentada entre una expresión orgánica y otra más dispersa; y las izquierdas, que lograron algunos éxitos sorpresivos, que pese a todo mantienen una presencia no despreciable, pero que alcanzan una presencia muy reducida en las zonas más pobladas. La incógnita está ahora en la centroizquierda y en las alianzas que pudieran fraguarse hacia el futuro inmediato.

Seguramente las próximas elecciones nacionales de 2021 contribuirán a aclarar un poco más el panorama.

A modo de conclusión: Populismo y neoliberalismo

Así como el gutierrismo fue un momento de transición entre el neoliberalismo y el populismo “progresista”, el morenismo es un momento de transición entre el populismo y el neoliberalismo.

En general, en las últimas tres décadas hemos tenido dos modalidades de relación entre neoliberalismo y populismo: la modalidad de la cuenta corta,

es decir, de un determinado momento: que pueden ser, bien los populismos neoliberales (Menem, Fujimori, Abdalá Bucaram, Lucio Gutiérrez, aquellos a los que, en su momento, bautizaron como “neopopulismos”), bien la imagen de una oposición frontal que anida, no obstante, continuidades no dichas.

En cambio, la modalidad de la cuenta larga nos habla de la relación entre populismo y neoliberalismo en la sucesión del tiempo, quizás podríamos hablar de ciclos o de “edades”: el populismo ha sido en América Latina una consecuencia de las crisis liberales. A una edad liberal, le sigue una populista. Pero el populismo también genera límites y crisis, que han sido “resueltas” como un retorno al liberalismo. Sin embargo, esta nueva edad liberal se repite, genera –más o menos– los mismos conflictos que su antecesora y va generando las condiciones para una nueva reaparición del populismo, etcétera. De alguna manera, esta ha sido la historia de América Latina por lo menos desde la década de 1920.